



## CAPÍTULO LXX.

Que sigue el de sesenta y nueve, y trata de cosas no excusadas para la claridad desta historia.

**D**URMIO Sancho aquella noche en una carriola en el mismo aposento de Don Quijote, cosa que él quisiera excusarla si pudiera, porque bien sabía que su amo no le había de dejar dormir á preguntas y á respuestas, y no se hallaba en disposición de hablar mucho, porque los dolores de los martirios pasados los tenía presentes, y no le dejaban libre la lengua, y viniérale más á cuento dormir en una ocha solo, que no en aquella rica estancia acompañada.

Salió su temor tan verdadero y su sospecha tan cierta, que apenas hubo entrado su señor en el lecho, cuando dijo:

—¿Qué te parece, Sancho, del suceso desta noche? Grande y poderosa es la fuerza del desdén desamorado, como por tus mismos ojos has visto muerta á Altisidora, no con otras saetas, ni con otra espada, ni con otro instrumento bélico, ni con venenos mortíferos, sino con la consideración del rigor y del desdén con que yo siempre la he tratado.

—Muriera ella enhorabuena cuando quisiera y como quisiera, respondió Sancho, y dejárame á mí en mi casa, pues ni yo la enamoré, ni la desdén en mi vida. Yo no sé ni puedo pensar cómo sea, que la salud de Altisidora, doncella más antojadiza que discreta, tenga que ver, como otra vez he dicho, con los martirios de Sancho Panza. Ahora sí que vengo á conocer clara y distintamente que hay encantadores y encantos en el mundo, de quien Dios me libre, pues yo no me sé librar: con todo esto suplico á vuestra merced me deje dormir, y no me pregunte más, si no quiere que me arroje por una ventana abajo.

—Duerme, Sancho amigo, respondió Don Quijote, si es que te dan lugar los alfilerazos y pellizcos recibidos y las mamonas hechas.

—Ningún dolor, replicó Sancho, llegó á la afrenta de las mamonas, no por otra cosa que por habérmelas hecho dueñas, que confundidas sean: y torno á suplicar á vuestra merced me deje dormir porque el sueño es alivio de las miserias de los que las tienen despiertas.

—Sea así, dijo Don Quijote, y Dios te acompañe.

Durmieron los dos, y en este tiempo quiso escribir y dar cuenta Cide Hamete, autor desta grande historia, qué les movió á los duques á levantar el edificio de la máquina referida: y dice que no habiéndose olvidado al bachiller Sansón Carrasco cuando el caballero de los Espejos fué vencido y derribado por Don Quijote, cuyo vencimiento y caída borró y deshizo todos sus designios, quiso volver á probar la mano, esperando mejor suceso que el pasado: y así,

informándose del paje que llevó la carta y presente á Teresa Panza, mujer de Sancho, adonde Don Quijote quedaba, buscó nuevas armas y caballo, y puso en el escudo la blanca luna, llevándolo todo sobre un macho, á quien guiaba un labrador, y no Tomé Cecial, su antiguo escudero, porque no fuese conocido de Sancho ni de Don Quijote. Llegó, pues, al castillo del duque, que le informó el camino y derrota que Don Quijote llevaba, con intento de hallarse en las justas de Zaragoza. Díjole asimismo las burlas que le había hecho con la traza del desencanto de Dulcinea, que había de ser á costa de las posaderas de Sancho.

En fin, dió cuenta de la burla que Sancho había hecho á su amo, dándole á entender que Dulcinea estaba encantada y transformada en labradora, y como la duquesa su mujer había dado á entender á Sancho que él era el que se engañaba, porque verdaderamente estaba encantada Dulcinea, de que no poco se rió y admiró el bachiller, considerando la agudeza y simplicidad de Sancho, como del escudero de la corte de Don Quijote. Pidióle el duque que si le hayase, y le venciese ó no, se volviese por allí á darle cuenta del suceso. Hizolo así el bachiller: partióse en su busca, no le halló en Zaragoza, pasó adelante, y sucedióle lo que queda referido.

Volvióse por el castillo del duque, y contóselo todo, con las condiciones de la batalla, y que ya Don Quijote volvía á cumplir como buen caballero andante, la palabra de retirarse un año en su aldea; en el cual tiempo podía ser, dijo el bachiller que sanase de su locura, que esta era la intención que le había movido á hacer aquellas transformaciones, por ser cosa de lástima que un hidalgo tan bien entendido como Don Quijote, fuese loco.

Con esto se despidió del duque, y se volvió á su lugar, esperando en él á Don Quijote, que tras él venía. De aquí tomó ocasión el duque de hacerle aquella burla: tanto era lo que gustaba de las cosas de Sancho y de Don Quijote, y haciendo tomar los caminos cerca y lejos del castillo por todas las partes que imaginó que podría volver Don Quijote, con muchos criados suyos de á pie y de á caballo, para que por fuerza ó de grado le trajesen al castillo, si le hallasen; halláronle, dieron aviso al duque, el cual, ya prevenido de todo lo que había de hacer así como tuvo noticia de su llegada mandó encender las hachas y las luminarias del patio, y poner á Altisidora sobre el túmulo, con todos los aparatos que se han contado, tan al vivo y tan bien hechos, que de la verdad á ellos había poca diferencia: y dice más Cide Hamete, que tiene para sí que tan locos los burladores como los burlados, y que no estaban los duques dos dedos de parecer tontos, pues tanto ahinco ponían en burlarse de dos tontos; los cuales,

el uno durmiendo á sueño suelto, y el otro velando á pensamientos lesatados, les tomó el día y la gana de levantarse: que las ociosas plumas, ni vencido ni vencedor, jamás dieron gusto á Don Quijote.

Altisidora, en la opinión de Don Quijote vuelta de muerte á vida, siguiendo el humor de sus señores, coronada con la misma guirnalda que en el túmulo tenía, y vestida una tunicela de tafetán blanco sembrada de flores de oro, y sueltos los cabellos por las espaldas, arrimada á un báculo de negro y finísimo ébano, entró en el aposento de Don Quijote, con cuya presencia, turbado y confuso se encogió y cubrió casi todo con las sábanas y colchas de la cama, muda la lengua, sin que acertase á hacerle cortesía ninguna. Sentóse Altisidora en una silla junto á su cabecera, y después de haber dado un gran suspiro, con voz tierna y debilitada le dijo:

—Cuando las mujeres principales y las recatadas doncellas atropellan por la honra, y dan licencia á la lengua que rompa por todo inconveniente, dado noticia en público de los secretos que su corazón encierra, en estrecho término se hallan.

Yo, señor Don Quijote de la Mancha, soy una destas, aprefada, vencida y enamorada; pero con todo esto sufrida y honesta, tanto, que por serlo tanto reventó mi alma por mi silencio, y perdí la vida. Dos días há que por la consideración del rigor con que me has tratado, ¡oh más duro que mármol á mis quejas, empedernido caballero! te estado muerta, ó á lo menos juzgada por tal de los que me han visto: y si no fuera porque el amor, condoliéndose de mí, depositó mi

A uno dellos, nuevo, flamante y bien encuadernado, le dieron un papirotazo que le sacaron las tripas, y le esparcieron las hojas. Dijo un diablo á otro:

—Mirad qué libro es ese; y el diablo le respondió:

—Esta es la "Segunda parte de la historia de Don Quijote de la Mancha," no compuesta por Cide Hamete, su primer autor, sino por un aragonés, que él dice ser natural de Tordesillas.

—Quitádmelo de ahí, respondió el otro diablo, y metedle en los abismos del infierno, no le vean más mis ojos.

—¿Tan malo es? respondió el otro.

—Tan malo, replicó el primero, que si de propósito yo mismo me pusiera á hacerle peor, no acertara. Prosiguieron su juego peleando otros libros, y yo por haber oído nombrar á Don Quijote, á quien tanto adamo y quiero, procuré que se me quedase en la memoria esta visión.

—Visión debió de ser sin duda, dijo Don Quijote, porque no hay otro yo en el mundo, y ya esa historia anda por acá de mano en mano; pero no pára en ninguna, porque todos la dan del pie. Yo no me he alterado en oír que ando como cuerpo fantástico por las tinieblas del abismo, ni por la claridad de la tierra, porque no soy aquel de quien esa historia trata. Si ella fuere buena, fiel y verdadera, tendrá siglos de vida; pero si fuere mala, de su parto á la sepultura no será muy largo el camino. Iba Altisidora á proseguir en quejarse de Don Quijote, cuando le dijo Don Quijote:



remedio en los martirios deste buen escudero, allá me quedara en el otro mundo.

—Bien pudiera el amor, dijo Sancho, depositarlos en los de mi asno, que yo se lo agradeciera. Pero dígame, señora, así el cielo la acomode con otro más blando amante que mi amo, ¿qué es lo que vió en el otro mundo? ¿qué hay en el infierno? porque quien muere desesperado, por fuerza ha de tener aquel paradero.

—La verdad que os diga, respondió Altisidora, yo no debí de morir del todo, pues no entré en el infierno: que si allá entrara, una por una no pudiera salir dél aunque quisiera. La verdad es que llegué á la puerta, donde estaban jugando hasta una docena de diablos á la pelota, todos en calzas y en jubón, con valonas guarnecidas con puntas de randas flamencas y con unas vueltas de lo mismo, que les servían de puños, con cuatro dedos de brazo de fuera, porque pareciesen las manos más largas, en las cuales tenían unas palas de fuego: y lo que más me admiró fué que les servían en lugar de pelotas libros, al parecer llenos de viento y de borra, cosa maravillosa y nueva; pero esto no me admiró tanto como el ver que siendo natural de los jugadores el alegrarse los gananciosos, y entristecerse los que pierden, allí en aquel juego todos gruñían, todos regañaban y todos maldecían.

—Eso no es maravilla, respondió Sancho, porque los diablos, jueguen ó no jueguen, nunca pueden estar contentos, ganen ó no ganen.

—Así debe de ser, respondió Altisidora: más hay otra cosa, que también me admira (quiero decir me admiró entonces), y fué que al primer boleó no quedaba pelota en pie, ni de provecho para servir otra vez, y así menudeaban libros nuevos y viejos, que era una maravilla.

—Muchas veces os he dicho, señora, que á mí me pesa de que hayáis colocado en mi vuestros pensamientos, pues de los míos antes pueden ser agradecidos que remediados. Yo nací para ser de Dulcinea del Toboso; y los hados, si los hubiera, me dedicaron para ella: y pensar que otra alguna hermosura ha de ocupar el lugar que en mi alma tiene, es pensar lo imposible. Suficiente desengaño es este para que os retiréis en los límites de vuestra honestidad, pues nadie se puede obligar á lo imposible. Oyendo lo cual Altisidora, mostrando enojarse y alterarse, le dijo:

—Vive el Señor, don bacallao, alma de almirez, cnesco de dátíl, más terco y duro que villano rogado cuando tiene la suya sobre el hito, que si arremeto á vos, que os tengo de sacar los ojos. ¿Pensáis por ventura Don vencido y Don molido á palos, que yo me he muerto por vos? Todo lo que habéis visto esta noche ha sido fingido, que no soy yo mujer que por semejantes camellos había de dejar que me doliese un negro de la uña, cuanto más morirme.

—Eso creo yo muy bien, dijo Sancho, que esto de morirse los enamorados es cosa de risa: bien lo pueden ellos decir; pero hacer, créalo Judas.

Estando en estas pláticas entró el músico cantor y poeta, que había cantado las dos ya referidas estancias, el cual, haciendo una gran reverencia á Don Quijote, dijo:

—Vuestra merced, señor caballero, me cuente y tenga en el número de sus mayores servidores, porque há muchos días que le soy muy aficionado, así por su fama, como por sus hazañas. Don Quijote le respondió:

—Vuestra merced me diga quién es, porque mi cortesía responda



á sus merecimientos. El mozo respondió que era el músico y panegirista de la noche antes.

—Por cierto, replicó Don Quijote, que vuesa merced tiene extremada voz; pero lo que cantó no me parece que fué muy á propósito; porque ¿qué tienen que ver las estancias de Garsilaso con la muerte desta señora?

—No se maraville vuesa merced deso, respondió el músico, que ya entre los intonsoos poetas de nuestra edad se usa que cada uno escriba como quisiere, y hurte de quien quisiere, venga ó no venga á pelo de su intento; y ya no hay necesidad que canten ó escriban, que no se atribuya á licencia poética.

Responder quisiera Don Quijote, pero estorbáronlo el duque y la duquesa, que entraron á verle, entre los cuales pasaron una larga y dulce plática, en la cual dijo Sancho tantos donaires y tantas malicias, que dejaron de nuevo admirados á los duques, así con su simplicidad, como con su grandeza. Don Quijote les suplicó le diesen licencia para partirse, aquel mismo día, pues á los vencidos caballeros como él, más les convenía habitar una zahurda que no reales palacios.

Diéronselo de muy buena gana, y la duquesa le preguntó si quedaba en su gracia Altisidora. El le respondió:

—Señora mía, sepa vuestra señoría que todo el mal desta doncella nace de la ociosidad, cuyo remedio es la ocupación honesta y continua. Ella me ha dicho aquí que se usan randas en el infierno; y pues ella las deba de saber hacer, no las deje de la mano, que ocupada en menear los palillos no se menearán en su imaginación la imagen ó imágenes de lo que bien quiera; y esta es la verdad, este mi parecer

y este es mi consejo.

—Y el mío, añadió Sancho, pues no he visto en toda mi vida ramera que por amor se haya muerto; que las doncellas ocupadas más ponen sus pensamientos en acabar sus tareas, que en pensar en sus amores. Por mí lo digo, pues mientras estoy cavando no me acuerdo de mi oislo, digo, de mi Teresa Panza, á quien quiero más que á las pestañas de mis ojos.

—Vos decís muy bien, Sancho, dijo la duquesa, y yo haré que mi Altisidora se ocupe de aquí adelante en hacer alguna labor blanca, que la sabe hacer por extremo.

—No hay por qué, señora, respondió Altisidora, usar dese remedio, pues la consideración de las crueldades que conmigo ha usado este malandrín mostrenco, me le borrarán de la memoria sin otro artificio alguno; y con licencia de vuestra grandeza me quiero quitar de aquí por no ver delante de mis ojos, ya no su triste figura, sino su fea y abominable catadura.

—Eso me parece, dijo el duque, á lo que suele decirse, que aquel que dice injurias, cerca esté de perdonar.

Hizo Altisidora muestra de limpiarse las lágrimas con un pañuelo, y haciendo reverencia á sus señores se salió del aposento.

—Mándote yo, dijo Sancho, pobre doncella, mándote, digo, mala ventura, pues las has habido con un alma de esparto y con un corazón de encina: á fe que si las hubieras conmigo, que otro gallo te cantara.

Acabóse la plática, vistióse Don Quijote, comió con los duques, y partióse aquella tarde.



## CAPÍTULO LXXI.

De lo que á Don Quijote le sucedió con su escudero Sancho, yendo á su aldea.

**I**BA el vencido y asendereado Don Quijote pensativo además por una parte, y muy alegre por otra. Causaba su tristeza el vencimiento, y la alegría el considerar en la virtud de Sancho, como lo había mostrado en la resurrección de Altisidora, aunque con algún escrúpulo se persuadía á que la enamorada doncella fuese muerta de veras.

No iba nada alegre Sancho, porque le entristecía ver que Altisidora no le había cumplido la palabra de darle las camisas, y yendo y viniendo en esto, dijo á su amo:

—En verdad, señor, que soy el más desgraciado médico que se debe de hallar en el mundo, en el cual hay físicos que con matar al enfermo que curan, quieren ser pagados de su trabajo, que no es otro sino firmar una cedulilla de algunas medicinas, que no las hace él, sino el boticario, y cátao cantusado; y á mí, que la salud ajena me cuesta gotas de sangre, mamonas, pelizcos, alfilerazos y azotes, no me dan un ardite: pues yo les voto á tal, que si me traen á las manos otro algún enfermo, que antes que le cure me han de untar las mías; que el abad de donde canta yanta; y no quiero creer que me haya dado el cielo la virtud que tengo, para que yo la comunique con otros de bóbilis bóbilis.

—Tú tienes razón, Sancho amigo, respondió Don Quijote, y halo hecho muy mal Altisidora en no haberte dado las prometidas camisas; y puesto que tu virtud es "gratis data," que no te ha costado estudio alguno, más que estudio es recibir martirios en tu persona: de mí te sé decir que si quisieras paga por los azotes del desencanto de Dulcinea, ya te la hubiera dado tal como buena; pero no sé si vendrá bien con la cura la paga, y no quería que impidiese el premio á la medicina. Con todo eso, me parece que no se perderá nada en probarlo: mira, Sancho, el que quieres, y azótate luego, y págate de contado y de tu propia mano, pues tienes dineros míos.

A cuyos ofrecimientos abrió Sancho los ojos y las orejas de un palmo, y dió consentimiento en su corazón á azotarse de buena gana, y dijo á su amo:

—Agora bien, señor, yo quiero disponerme á dar gusto á vuesa merced en lo que desea, con provecho mío: que el amor de mis hijos y de mi mujer me hace que me muestre interesado. Dígame vuesa merced cuánto me dará por cada azote que me diere.

—Si yo te hubiera de pagar, Sancho, respondió Don Quijote, conforme lo que merece la grandeza y calidad deste remedio, el tesoro de Venecia, las minas del Potosí fueran poco para pagarte: toma tú el tanto á lo que llevas mío, y pon el precio á cada azote.

—Ellos, respondió Sancho, son tres mil y trescientos y tantos:

dellos me he dado hasta cinco; quedan los demás: entren entre los tantos estos cinco, y vengamos á los tres mil y trescientos, que á cuartillo cada uno, que no llevaré menos si todo el mundo me lo mandase, montan tres mil y trescientos cuartillos; que son los tres mil, mil y quinientos medios reales, que hacen setecientos y cincuenta reales, y los trescientos hacen ciento y cincuenta medios reales, que vienen á hacer setenta y cinco reales, que juntándose á los setecientos y cincuenta, son por todos ochocientos y veinticinco reales. Estos desfalcaré yo de los que tengo de vuesa merced, y entraré en mi casa rico y contento, aunque bien azotado, porque no se toman truchas. . . . . y no digo más.

—¡Oh Sancho bendito! ¡Oh Sancho amable! respondió Don Quijote, y cuán obligados hemos de quedar Dulcinea y yo á servirme todos los días que el cielo nos diere de vida. Si ella vuelve al sér perdido (que no es posible sino que vuelva), su desdicha habrá sido dicha, y mi vencimiento felicísimo triunfo: y mira, Sancho, cuando quieras comenzar la disciplina, que porque la abrevies te añado cien reales.

—¿Cuándo? replicó Sancho, esta noche sin falta; procure vuesa merced que la tengamos en el campo al cielo abierto, que yo me abriré mis carnes.

Llegó la noche esperada de Don Quijote con la mayor ansia del mundo, pareciéndole que las ruedas del carro de Apolo se habían quebrado, y que el día se alargaba más de lo acostumbrado, bien así como acontece á los enamorados, que jamás ajustan la cuenta de sus deseos. Finalmente se entraron entre unos amenos árboles que poco desviados del camino estaban, donde dejando vacías la silla y albarda de Rocinante y el rucio, se tendieron sobre la verde yerba, y cenaron del repuesto de Sancho, el cual haciendo del cabestro y de la jáquima del rucio un poderoso y flexible azote, se retiró hasta veinte pasos de su amo entre unas hayas. Don Quijote, que le vio ir con denuedo y con brío, le dijo:

—Mira, amigo, que no te hagas pedazos, da lugar que unos azotes aguarden á otros, no quieras apresurarte tanto en la carrera, que en la mitad della te falte el aliento; quiero decir: que no te des tan recio, que te falte la vida antes de llegar al número deseado; y porque no pierdas por carta de más ni de menos, yo estaré deste aparte contando por este mi rosario los azotes que te dieres. Favorézcate el cielo conforme tu buena intención merece.

—Al buen pagador no le duelen prendas, respondió Sancho; yo pienso darme de manera, que sin matarme me duela, que en esto debe de consistir la sustancia deste milagro.

Desnudóse luego de medio cuerpo arriba, y arrebatando el cordel

